

Laurent, Virginie.

Comunidades indígenas, espacios políticos y movilización electoral en Colombia, 1990-1998.

Motivaciones, campos de acción e impactos.

Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología
Instituto Francés de Estudios Andinos. 2005

Tres partes, diez capítulos, conclusión y bibliografía forman la estructura investigativa del libro; el epílogo, el prefacio, la introducción y el prólogo de Christian Gros, contextualizan el libro que no quiere dejar detalle suelto. Siglas, mapas, tablas sintetizan la información de apoyo, acompañada de los detalles personales de las dedicatorias y los agradecimientos. Hasta el título queda corto para el afán de detalle y el ánimo de la autora de querer contar todo, pues 568 páginas es un breve espacio para 14 años de experiencia investigativa.

La primera parte, aborda las *comunidades indígenas y marco nacional: cambio de perspectivas*, en tres capítulos que tratan sucesivamente: una necesaria “introducción a la cuestión indígena en Colombia”, “el surgimiento y auge del movimiento indígena colombiano”, y las “crisis y esperanzas de cambio”. Temas que desde luego anuncian el giro temático en el tratamiento de la relación entre pueblos indígenas y Estado nacional, giro que desde luego anuncia también la necesidad de revisar el tratamiento de la categoría indígena, que pese a su calidad finisecular, ha emergido a lo político para mostrar las propiedades históricas de un sujeto –en sí mismo distinto– que avanza en la producción del futuro político-cultural.

En cuatro capítulos, la segunda parte desarrolla *el juego electoral*. Un interesante aporte al estudio de “lo indígena” y, por qué no, de “lo electoral” en nuestro país, temáticas inéditas –algunas veces inauditas (en qué lugares tan paradójicos se sitúa lo exótico, de vez en cuando)– tanto para los antropólogos como para los politólogos; frontera disciplinaria puesta a prueba por una socióloga. Aborda “la opción electoral” de los indígenas como alternancia frente a la sociedad nacional, y “los mapas políticos indígenas” entre 1991 a 1998. Cuenta, además, como se seleccionan los candidatos, cómo se hacen las campañas y qué consignas electorales se producen, para finalizar con el capítulo sobre los perfiles y trayectorias de los “candidatos y acompañantes”.

La tercera y última parte es la trilogía de capítulos que habla del *poder y los ejercicios –indígenas- del poder*, la cual va desde los patrones precolombinos hasta los congresistas indígenas actuales. Toda una agenda de revisión del sucesivo empoderamiento indígena y su agenciamiento; toda suerte de diversidad de formas, espacios y acciones políticas de los indígenas. Mediante la tensión entre modelos y prácticas políticas, estudios de casos y análisis de contradicciones, Virginie Laurent, deja plasmadas las precisiones sobre la “multiplicidad de las formas políticas”, “los espacios políticos regionales” y “los congresistas indígenas”.

Se invita al lector de este libro a dejarse guiar por dos tipos de lecturas: una procede de la estructura investigativa del libro, la otra por la composición de su título. En el primer caso, se entiende que lo electoral es un puente entre las nuevas relaciones Pueblos Indígenas-Estado y los ejercicios del poder de los indígenas. En el segundo caso, los espacios políticos serían el puente entre las comunidades indígenas y la movilización electoral. Respecto de las conclusiones sugiero una lectura partida, esto en razón de que el acápite de conclusiones tiene una doble composición. Una son las conclusiones en sí del libro que van tan sólo de la página 455 a la mitad de la 459. Otra es, a mi modo de entender, la intención ideológica de la autora, si se quiere su deseo hecho discurso académico-político. Esa segunda parte de las conclusiones, la cual va de la segunda mitad de la página 459 a la 485, es en cierta forma la expresión del alma multiculturalista de la autora; habla de la grandeza y decadencia del universalismo y de los Estados-naciones, de la alternativa multiculturalista que se le opone a ambos, y de la propuesta conciliadora que la autora halla en su particular visión pluralista. A gusto de esta reseña, la motivación en esta segunda parte de las conclusiones es una importante nota introductoria puesta como conclusión.

Este libro tiene una guía que, según la autora, es la “evolución del movimiento indio en el contexto sociopolítico colombiano a partir del nacimiento de organizaciones que, desde 1970, han aparecido como antagónicas... en la medida en que es precisamente desde su ámbito, primero, y luego en sus ‘huellas’, que el movimiento indígena hizo su entrada electoral... (para interrogar la manera en que)... distintos modos de ejercicios del poder (indígena) llegan a cohabitar en Colombia” (pp. 36 y 37). De esa ruta quedan varios interrogantes como para formular una agenda de estudios en esta materia; el libro es, sin duda, pródigo en ellos. Pero, al margen de las preocupaciones

específicamente etnográficas y politológicas, quedan tareas por hacer para dilucidar los entresijos de algunas preguntas sobre las distintas y paradójicas caras de la sujeción política.

Este libro invita a pensar el por qué se sustituye el análisis de las implicaciones estructurales del cambio político-cultural, por reflexiones tópicas sobre la bondad o no de ciertas políticas (como la electoral) desagregadas del contexto estructural de un sistema político en transformación? Si a los giros hegemónicos les corresponden cambios en los ejercicios de los poderes subalternos (y viceversa), ¿qué retos –teórico-políticos- impone la participación electoral de los indígenas para comprender el quehacer de la política *toto coello* en el sistema político colombiano?; al respecto ¿los 20.083 votos de Lorenzo Muelas en la Constituyente pueden ser indicio de algo? Si tales giros –no importa la magnitud electoral que los legitime- conllevan o derivan reformas políticas de fondo, ¿cómo entender la diversidad de posiciones (indígenas y no indígenas) frente a las coyunturas aperturista-electorales de la política, y cómo entender los desafíos político-culturales que imponen los indígenas con sus reclamos de reconocimiento para hacer emerger relaciones estructurales nacionales y estatales distintas a las habituales?

El cambio de perspectivas planteado en el libro obedece a la introducción de nuevas perspectivas sobre lo indígena –muy centradas en el sujeto indio, no en la categoría social- con las cuales se puede discrepar. Sin embargo, las de mayor calado tienen que ver con las movilizacionistas en las que la identidad es un producto histórico y se produce en el marco de los movimientos sociales, ideas que recuerdan los viejos trabajos politológicos de Ernesto Laclau en la Ciencia Política, y los de Fredrick Barth en Antropología. La perspectiva se vuelve interesante en la medida en que la visión reivindicacionista de los intereses se vuelca hacia la producción de la identidad positiva de la que trata el capítulo 2 (p.69). Es así como las organizaciones indígenas comienzan a adquirir centralidad en el análisis tanto electoral como étnico.

Los elementos del juego electoral combinan referencias que resultan interesantes para la sociología, la politología y la antropología. El capítulo 4 del libro, que corresponde a la segunda parte (p.155 a 176) es una visión sociológica de la evolución hacia lo electoral y un interesante homenaje a precursores de la opción electoral en el movimiento indígena, así como una presentación de las organizaciones políticas, electorales y sociales de los indígenas en Colombia. El capítulo siguiente (p. 177 a 220), los mapas políticos es un análisis electoral en sentido estricto politológico, sin innovaciones metodológicas mayores.

Presenta, por supuesto, un importante análisis de los procesos electorales de la década del noventa. Los capítulos 6 y 7, son los siguientes; van de la página 221 a 332. Son capítulos descriptivos, bastante etnográficos, de mucho detalle y buena observación. Describe de manera elegante las discusiones internas, las diferencias, los intereses electorales, los tratos secretos, las trayectorias, los perfiles de los líderes, sus vínculos con las fuerzas políticas locales, regionales y nacionales. Personas con nombres propios, organizaciones precisas, movimientos concretos. Los indigenistas representativos, sus ideas, sus luchas.

El resultado es obvio. Un análisis electoral más allá de la política electoral, un esbozo del campo electoral indigenista. Una insinuación explicativa de los votos urbanos con que los indígenas han llegado a sus curules. Y, para entender eso, nos muestra en la tercera parte los ejercicios del poder de los indígenas. Sin ese referente no habría posible entender como se reubicaron las distintas fuerzas. Puede decirse que haber alcanzado la circunscripción especial indígena en la Constituyente del 91 generó un proceso de modernización de las filas indigenistas sin precedentes, para mayor o menor emancipación de sus pueblos.

El capítulo 9, *espacios políticos regionales, estudio de casos*, es sin duda muestra de la diversidad de formas políticas, modelos y prácticas políticas de los indígenas en Colombia. Un estudio de política comparada. Diversidad de pueblos indígenas, diversidad de organizaciones indígenas (incluso antagonistas indígenas), formas de liderazgos diferentes, tres departamentos: Cauca, Vichada y Guajira, coincidentes con las macroregiones que con las que trabaja la ONIC. Sobre algunas formas políticas prehispánicas no se encuentra un buen desarrollo, creo que no se tiene todavía una perspectiva muy clara al respecto. Pero en las cuestiones relativas a 1970 en adelante es cuestión de sentarse a procesar mucha información. El objetivo de medir la convivencia de distintas formas políticas al interior del movimiento indígena, propuesto por Laurent, se cumple de manera muy interesante. Hace diez años los indigenistas se preocupaban por la diversidad de organizaciones y su tendencia a la división. Muchos la concebían como debilidad política y otros como carencia de unidad cultural. Todavía se necesita más tiempo para entender que un movimiento político capaz de moverse con tantas diferencias es maduro a su interior.

“Qué balance puede hacerse, después de una década, de la participación de los diferentes movimientos indígenas de Colombia en las elecciones?; ¿en qué medida y de qué manera se relaciona con la historia local y nacional?; ¿cuáles han sido

sus relaciones con los partícipes en la vida política nacional?”, son preguntas que el libro lanza a los estudiosos de la política contemporánea. Son preguntas de importancia para valorar en distintos campos de las ciencias sociales, pero también en distintos frentes de la política que tiene por objeto la consolidación de la diversidad en las estructuras del Estado y de la Nación.

El libro, *Comunidades indígenas, espacios políticos y movilización electoral en Colombia, 1990-1998. Motivaciones, campos de acción e impactos*, cuenta la reciente experiencia política de los pueblos indígenas de Colombia. Nos queda por discutir las nociones colectivas de grupos indígenas, comunidades indígenas, pueblos indígenas (usado con mínima frecuencia en el libro), e incluso el lugar de la noción individual de indígena en la construcción de la idea colectiva de los “indígenas colombianos”. Como señala la misma autora: “se describieron distintas etapas del movimiento indígena colombiano: su creación y desarrollo... los diez primeros años de su ‘aprendizaje de la política moderna’... y los efectos de su inserción en el universo político electoral. A partir de esta observación, sin embargo, fue cada vez más evidente cuán difícil es, en Colombia, hablar de una participación política indígena...” (p.511).

Resulta atractivo pensar el papel electoral de los indígenas, en relación con las opciones de poder. ¿La lucha electoral indígena es una opción de poder, o una estrategia de gestión de las políticas de fortalecimiento de los pueblos indígenas? ¿evolucionarán las organizaciones políticas hacia la formación de partidos políticos étnicos? Muchas motivaciones existen hoy en día para participar electoralmente, el caso de la Concejal Arahuaca de Bogotá lo atestigua, y la decisión judicial de la Corte Constitucional lo avala. Resultaría extraño no ver indígenas en las próximas elecciones. Muchos campos de acción se visualizan dentro de la especialización de la política y su gestión burocrática indigenista; muchos impactos están por analizarse. El libro de Virginie Laurent es un buen pretexto para acercarse a esta nueva dimensión política de la antropología, y a esta nueva dimensión antropológica de la política.

Carlos Vladimir Zambrano

Profesor

Departamento de Ciencia Política
Universidad Nacional de Colombia